ISSN 3087-3061

Literatura — Símbolo — Ensayo
Palabras para salir de la caverna

Invierno 2026

Tenebras

ANGEL FUX Y LA BÚSQUEDA DEL TRIPLE ARCO DE LA VÍA LÁCTEA

EL GÓTICO NUNCA FUE CONSERVADOR

¿POR QUÉ NOS GUSTA EL TERROR?

LA INUTILIDAD NECESARIA DE LA POESÍA

VOL. 01

www.editorialtenebras.cl

ÍNDICE

EDITORIAL

3 Carta del editor

4 Del catálogo de Editorial Tenebras

ENSAYOS Y ARTÍCULOS

5 Angel Fux y la búsqueda del triple arco de la Vía Láctea

10 ¿Por qué nos gusta el terror?

13 El gótico nunca fue conservador

17 Pensamiento sobre instinto: Ensayo sobre la condición humana

19 La inutilidad necesaria de la poesía

22 El impresionismo y el arte de observar

NOTAS DESDE LA CAVERNA

24 Comentarios precarios sobre el nombramiento de la extrañeza

POESÍA

27 Personalidad de gato

28 Alma del anochecer.

28 Animal nocturno

29 Donde quedan los ecos

30 La ponzoña

30 El descenso

NARRATIVA

32 El hombre que no sabia morir

34 Viral

COMUNIDAD

36 Conversación de Invierno

37 Libros de nuestros autores

38 Las personas trás las imagenes

39 Cómo apoyar nuestra revista

Volumen I.

Invierno 2026

Revista Tenebras

Director Editorial

Víctor Gatica
Edición general, diseño y diagramación

Publicación

Editorial Tenebras
Los Ángeles, Región del Biobío, Chile.

ISSN: 3087-3061
Publicación digital de distribución gratuita

Fotografía

Angel Fux
Fotografía del triple arco de la Vía Láctea.

Nicol Cotal
Registro fotográfico y material visual.

Mauricio Sepúlveda
Registro fotográfico y material visual.

Fotógrafos externos

Mayte Quezada
Astrid Schaffner
SarahLaureen

Autores de este número

Angel Fux
Fotografía y artículo

Natalia Kuhn
Ensayo y poesía

Constanza Cifuentes
Artículo

Pamela Amari
Ensayo y poesía

Teté Leivar
Poesía

Mauricio Sepúlveda
Artículo y narrativa

Natalya Mourgues Malmborg
Narrativa

Literatura - Símbolos - Ensayos
Palabras para salir de la caverna

Carta del editor

Tengo la oportunidad de saludarles por primera vez e instarles a ser parte de esta revista que, evocando la alegoría de la caverna, invita a sus lectores a encontrar algo de luz en tiempos complejos, donde la incertidumbre parece erigirse en Occidente bajo una bandera que oculta lo esencialmente humano.

Esta revista surge de una convicción sencilla: existen experiencias humanas que no pueden reducirse a cifras, productividad o consumo. La belleza, el asombro, la imaginación, el misterio, la poesía y la búsqueda de sentido continúan siendo necesarios, incluso cuando el mundo parece empeñado en relegarlos a un segundo plano.

Por ello, Tenebras reúne voces provenientes de distintos ámbitos creativos y reflexivos. A través de la literatura, el ensayo, la fotografía y el diálogo, busca explorar aquellas zonas de la experiencia humana donde la luz y la oscuridad conviven; lugares donde habitan nuestras preguntas más profundas, nuestras contradicciones y también nuestras posibilidades de transformación.

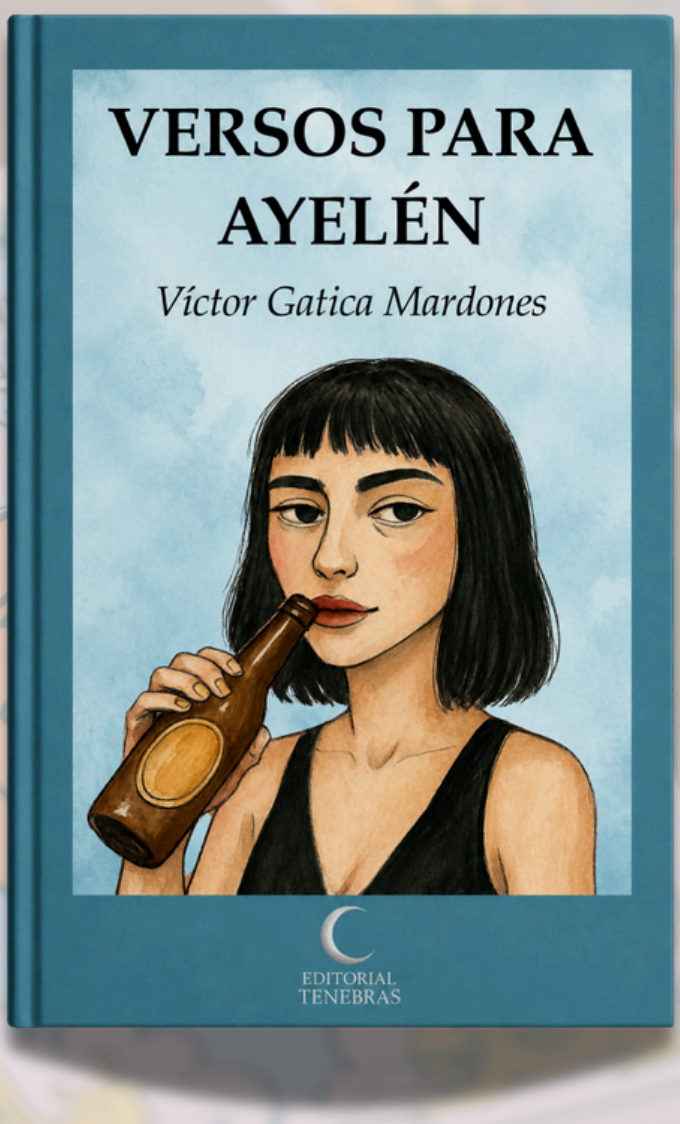
Tenebras da así sus primeros pasos y lo hace con la convicción de que todavía existen lectores dispuestos a detenerse ante una imagen, un símbolo, un poema o una idea. Si estas páginas logran acompañar esa búsqueda, aunque sea por un instante, entonces habrán cumplido su propósito.

Post tenebras lux.

V. Gatica

Director Editorial

Versos para Ayelén



"...un viaje poético a través de la noche interior..."

Publicado por Editorial Tenebras, este poemario constituye el primer título del catálogo del sello y una invitación a explorar aquellas experiencias humanas que, aunque difíciles de nombrar, forman parte esencial de nuestra existencia.

Disponible en Buscalibre y a través de Editorial Tenebras.

Texto
Víctor Gatica

Fotografía
Angel Fux

Angel Fux y la búsqueda del triple arco de la Vía Láctea

Descubre más del trabajo de Angel Fux. Escanea el código QR y explora sus proyectos fotográficos, donde la naturaleza, la montaña y el cielo nocturno se encuentran en una misma mirada.

La mirada de un dios

La obra de Angel Fux nos permite contemplar la naturaleza en todo su esplendor. La técnica empleada en sus fotografías nos lleva más allá de los límites de la mira-da humana y nos acerca a una perspectiva imposible en nuestra experiencia coti-diana.

Quizá la forma en que compone sus imágenes nos aproxima, por un instante, a la mirada de un dios: una mirada capaz de contemplar simultáneamente el pasado, el presente y el futuro. Eso es precisamente lo que ocurre al observar la escena del triple arco de la Vía Láctea. En una sola imagen asistimos al tránsito del tiempo, al movimiento de los cuerpos celestes y a la convergencia de distintos momentos que nuestra percepción ordinaria jamás podría abarcar por sí sola.

Al contemplar esta fotografía nos acercamos a algo que parece rozar lo divino. No porque la imagen pretenda explicar el universo, sino porque nos recuerda su in-mensidad y nuestro lugar dentro de él. En ese acercamiento comprendemos que existen cosas cuyo valor trasciende cualquier criterio de utilidad.

Ante la belleza, la utilidad pierde importancia. Hay obras que existen simplemente porque deben existir, porque elevan el espíritu, amplían nuestra mirada y con-mueven el corazón de quienes están preparados para recibirlas. La fotografía de Angel Fux pertenece a esa categoría excepcional de creaciones que, por un instan-te, nos permiten mirar el mundo desde una perspectiva más amplia que la nuestra y recordar que aún existen misterios capaces de despertar asombro.

¿Quién es Angel Fux?

Angel Fux es una fotógrafa suiza de origen franco-sueca especializada en astrofotografía y fotografía de paisaje. Su trabajo se caracteriza por la búsqueda de cielos oscuros y por una aproximación artística que combina precisión técnica, contemplación y una profunda conexión con la naturaleza.

Más que registrar el cielo nocturno, Fux parece perseguir una experiencia. Sus imágenes invitan a detenerse, observar y recordar que la noche no es únicamente ausencia de luz, sino también un espacio donde el universo revela aspectos que permanecen ocultos durante el día.

Angel Fux durante la expedición al Dent d'Hérens, a más de 4.200 metros de altitud. La fotografía fue tomada el pasado mayo en una de las cumbres más exigentes de los Alpes, en la frontera entre Suiza e Italia.

Durante años ha recorrido montañas, desiy regiones remotas en busca de esa oscuridad cada vez más escasa en el mundo contemporáneo. Esa búsqueda terminaría conduciéndola hacia uno de los proyectos más ambiciosos de su carrera.

La búsqueda de la oscuridad

La obsesión por los cielos oscuros se intensificó después de un viaje a Perú. Allí, bajo algunos de los cielos más puros del planeta, Fux experimentó una sensación difícil de describir. El firmamento parecía adquirir una presencia física; no era simplemente algo que se observaba, sino algo que envolvía al observador.

La propia Fux ha señalado que aquella experiencia transformó su relación con el cielo nocturno. "Desde que regresé de Perú no he dejado de buscar esa sensación", escribió al recordar su paso por los Andes. Allí descubrió una oscuridad distinta a cualquier otra que hubiera conocido hasta entonces. "El cielo no solo era más oscuro, era más denso, más presente". Desde ese momento, la búsqueda de lugares remotos y alturas cada vez mayores se convirtió en una constante dentro de su trabajo fotográfico.

Desde entonces comenzó una búsqueda constante. Cada año ascendió un poco más alto en las montañas, tratando de reducir la distancia entre la mirada humana y el universo. Vivir en los Alpes le ofrecía una ventaja privilegiada: altitud, aislamiento y oscuridad.

Su objetivo para 2026 era particularmente ambicioso. Pretendía capturar el doble arco de la Vía Láctea desde una cumbre situada a más de 4.200 metros de altura, en un lugar donde prácticamente ningún fotógrafo había intentado realizar una imagen semejante.

El fenómeno

Una vez al año ocurre un fenómeno extraordinario. Durante unos pocos días de marzo, ambos brazos visibles de la Vía Láctea pueden ser observados durante la misma noche. Primero aparece el arco invernal, más tenue y discreto. Horas después surge el arco estival, dominado por el brillante núcleo galáctico. Juntos forman el denominado doble arco de la Vía Láctea.

Capturarlo requiere una combinación extremadamente precisa de factores: luna nueva, ausencia de nubes, mínima contaminación lumínica, un horizonte despejado en todas direcciones y una ubicación geográfica adecuada. La ventana de oportunidad apenas dura algunos días cada año.

Lo difícil no es únicamente observar el fenómeno. Lo verdaderamente complejo es reunir todas las condiciones necesarias para registrarlo en una sola obra.

La expedición

La imagen comenzó mucho antes de que la cámara registrara el primer fotón.
Meses de planificación, coordinación logística y preparación física precedieron la expedición. Junto al guía de montaña Richard Lehner, Fux diseñó una operación que la llevaría hasta la cumbre del Dent d'Hérens, una montaña situada en la frontera entre Suiza e Italia.

El mal tiempo obligó a modificar fechas, rutas y medios de transporte. La ventana de observación se reducía cada día mientras el viento castigaba las montañas suizas. Finalmente, gracias a una compleja coordinación entre equipos de rescate aéreo italianos y suizos, fue posible alcanzar la cumbre.

Cuando el helicóptero desapareció y el ruido de las aspas se extinguió en la distancia, comenzó la verdadera experiencia.

A más de 4.000 metros de altura, con temperaturas cercanas a los veinte grados bajo cero y ráfagas que hacían descender aún más la sensación térmica, la noche se convirtió en una prueba de resistencia, paciencia y confianza.

La experiencia estuvo lejos de ser cómoda. Durante los días previos, Fux debió aclimatarse a la altitud mientras enfrentaba noches de poco descanso, incertidumbre constante y problemas técnicos inesperados. Incluso una de sus cámaras presentó fallas asociadas al frío extremo, obligándola a revisar periódicamente cada secuencia capturada. La montaña exigía tanto preparación física como capacidad de adaptación frente a lo imprevisible

El regalo inesperado

El objetivo era registrar el doble arco de la Vía Láctea. Sin embargo, la montaña tenía preparada otra revelación. Mientras revisaba el material capturado, Fux descubrió una tenue estructura luminosa atravesando el cielo. Se trataba del Gegenschein, un fenómeno extremadamente difícil de observar producido por la dispersión de la luz solar en partículas de polvo interplanetario.

Aquella presencia inesperada transformó el proyecto. La imagen dejó de ser un doble arco para convertirse en algo mucho más raro: un triple arco compuesto por el brazo invernal de la galaxia, el brazo estival y el delicado resplandor del Gegenschein. Lo que comenzó como una fotografía excepcional terminó convirtiéndose en un registro extraordinario.

La paciencia detrás de la imagen

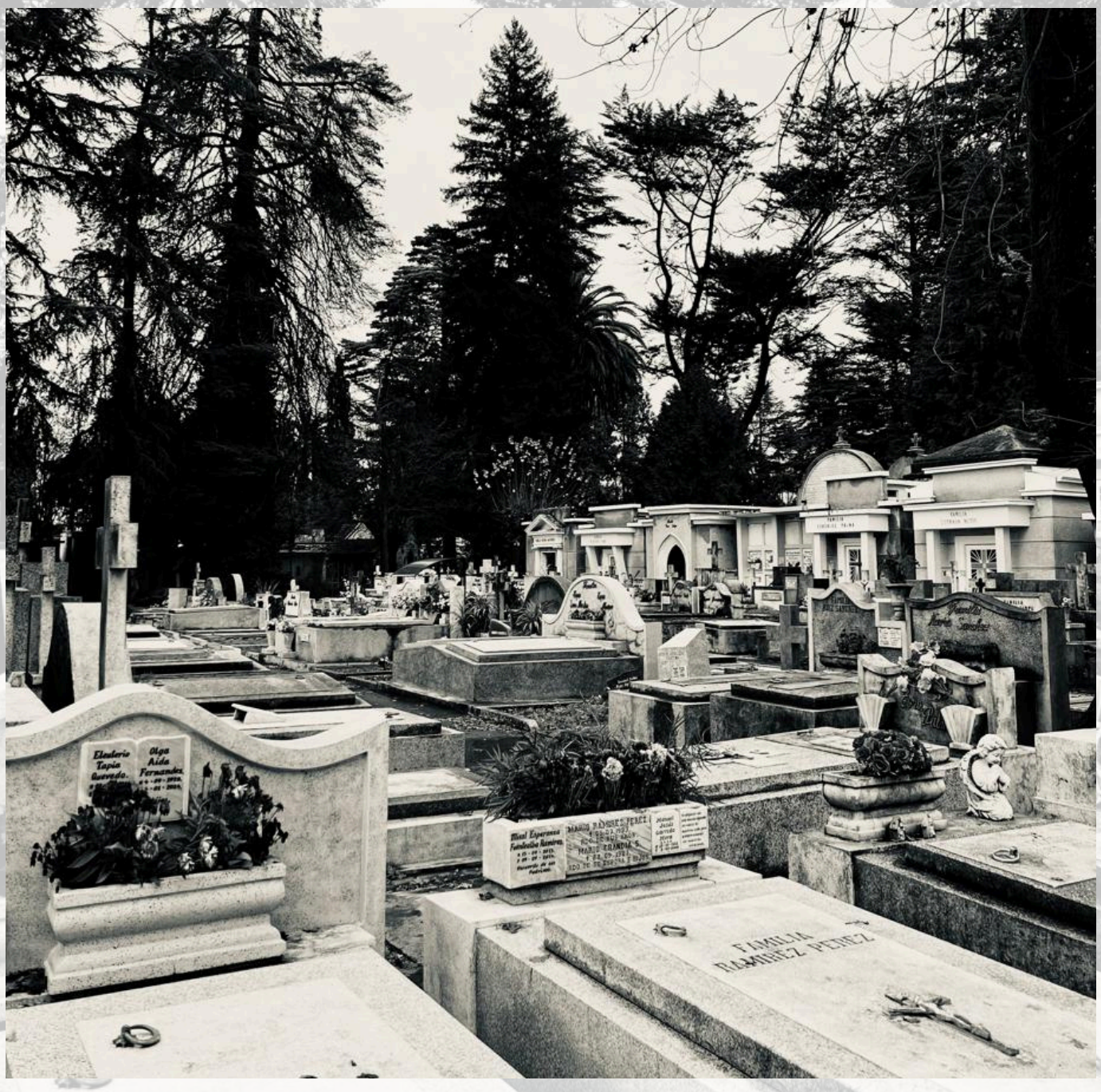
La obtención de la fotografía no terminó en la montaña. De regreso en casa comenzó una nueva etapa de trabajo. El procesamiento final requirió cerca de cuarenta horas de edición utilizando herramientas empleadas habitualmente en astronomía científica, capaces de revelar información invisible en los archivos fotográficos convencionales. Durante gran parte de ese proceso no existía una imagen reconocible en pantalla, solo datos, calibraciones y secuencias de procesamiento. Lafotografía final es, por tanto, el resultado de una combinación excepcional de exploración, conocimiento técnico y paciencia, elementos que permitieron transformar una noche en la montaña en una visión extraordinaria del universo.

En una época en que la contaminación lumínica nubla nuestra capacidad de contemplar el cielo, la obra de Angel Fux nos revela la magnitud del universo. El logro del triple arco constituye una hazaña técnica que exigió un enorme esfuerzo humano por parte de esta astrofotógrafa. Todo ello para invitarnos a detenernos y volver a sorprendernos, a recuperar el asombro frente a una belleza sublime.

Su fotografía es también un recordatorio de que es desde la oscuridad donde algunas de las verdades más profundas aún esperan ser vistas.

Texto y fotografía
Mauricio Sepúlveda

¿Por qué nos gusta el terror?



Antes de que los humanos fueran humanos y pudieran desarrollar el amor como lo conocemos, experimentaban emociones básicas que giraban en torno a su supervivencia; una de las más relevantes para esos fines era el miedo. Nuestro sistema nervioso fue programado para responder ante los peligros del entorno. Detectar amenazas debía funcionar como un sistema exagerado, pues confundir una rama con una serpiente era sobrevivible, pero confundir una serpiente real con una rama podía ser fatal. Con el paso de los años, el entorno ha ido cambiando más rápido que nuestra biología, y miedos antiguos que podrían hacer una diferencia entre vivir o no, aún hacen eco en nuestras vidas. Un ruido repentino aún nos sobresalta, la oscuridad aún nos pone alerta.

Entonces surge una pregunta válida: si el miedo fue diseñado para alejarnos del peligro, ¿por qué buscamos sentirlo? ¿Por qué llenamos salas de cine para ver historias que nos hagan saltar en nuestro asiento? ¿Por qué leemos cuentos que nos hacen imaginar escenarios catastróficos? Parte de la respuesta parece estar en que el terror nos permite experimentar el miedo en un entorno controlado, podemos acercarnos a aquello que normalmente evitaríamos y observarlo desde una distancia segura. El horror funciona como una simulación; nos enfrenta a lo desconocido, a lo peligroso, a lo que no podemos controlar, pero sin sus consecuencias y nos invita a explorar los miedos más profundos que no se ven a primera vista.

Cada historia contiene un terror superficial que es más evidente y otro estructural que permanece oculto e incluso abierto a la interpretación. El miedo a los fantasmas involucra el miedo a lo desconocido, la pérdida de control sobre la realidad y la vulnerabilidad humana, asimismo, hablar de desastres naturales involucra el miedo a la pérdida de lo material, al colapso del orden y la insignificancia humana. Más que hablar sobre monstruos, el terror siempre ha hablado sobre nosotros mismos.

"La emoción más antigua y más intensa de la humanidad es el miedo, y el más antiguo y más intenso de los miedos es el miedo a lo desconocido".

H.P. Lovecraft.

El terror ha ido evolucionando a través del tiempo. En mitos, relatos religiosos y folclore de distintas culturas, ya existían historias de espíritus, castigos sobrenaturales o brujería; sin embargo, no se comenzó a hablar del terror como un género hasta el siglo XVIII, con la aparición de la novela gótica. Ya en el siglo XX, el terror se expandió al cine, los cómics y, posteriormente, los videojuegos. Ahí aparecieron subgéneros más específicos: horror psicológico, cósmico, paranormal, corporal, entre otros. Es natural que el terror mute de forma a medida que cambia el mundo.

Si bien, leer un poema clásico como El cuervo de Edgar Allan Poe, aún mantiene un impacto por su estética y simbolismo, tal vez evoque más melancolía y dramatismo que un profundo terror como otrora hacía. A medida que cambian nuestras preocupaciones, temáticas antes inexistentes, hoy toman fuerza en la literatura contemporánea, futuros distópicos exploran el uso de las inteligencias artificiales, realidades simuladas, exploraciones del universo y manipulación genética. Aunque las cosas que nos aterrorizan han cambiado con el paso del tiempo, el terror nunca ha desaparecido. El género ha logrado mantenerse vigente precisamente porque evoluciona junto a la humanidad, tomando los temores más profundos de cada generación, transformándolos en historias.

Texto y fotografía
Pamela Amari

Ropa negra, delineador oscuro y música melancólica.

El gótico nunca ha sido conservador

La subcultura gótica nace en Gran Bretaña, a finales de los años 70, como una amificación del movimiento punk. Desde entonces, ambas han abogado por la inconformidad e incluso el rechazo absoluto al status quo capitalista, como un refugio para los marginados; una respuesta artística y vital a una sociedad rígida.

¿Pero qué significa realmente ser gótico?

Más allá de la moda y el maquillaje característicos —indicadores principales que se utilizan para definir que alguien pertenece a la subcultura—, la realidad es que los principios filosóficos y políticos del gótico impregnan todos los aspectos de la cultura: literatura, arquitectura, música, cine, moda y todas las ramas del arte, exigiendo una resistencia a los sistemas homogenizadores de posturas políticas de derecha, rechazando los roles de género estricto, la preservación de una sociedad uniforme y tradicional junto a las normas institucionales. La identidad gótica se erige como un manifiesto de libertad individual, transgresión y celebración de la diferencia.

Sin embargo, en la actualidad, esta esencia combativa se enfrenta a un fenómeno peligroso. Con el auge de plataformas de uso masivo como TikTok y su formato de videos cortos, donde el usuario no deja de scrollear (pasar de un video a otro rápidamente), el gótico ha sufrido un proceso de gentrificación cultural, quedando reducido muchas veces a una mera etiqueta estética, o a productos de consumo masivo (goth aesthetic).

Este vaciado ideológico ha permitido la aparición de grupos minoritarios que cada vez ocupan más espacio y que llegan cada vez a más público en los medios digitales: los góticos conservadores. Un sector que ha adoptado la estética de la visual oscura, pero despojando a la subcultura de su raíz histórica y su carga filosófica, ignorando que es imposible compatibilizar la indumentaria de la disidencia con un pensamiento que perpetúa la exclusión y la estigmatización.

Para comprender la imposibilidad del gótico conservador, debemos alejarnos de las pantallas y de la inmediatez para volver a las páginas. El gótico es, antes que terciopelo y encaje, una corriente literaria y artística que funda su poética en el abrazo a la otredad. Autores como *Mary Shelley (Frankenstein), Anne Rice (Crónicas Vampíricas), Bram Stoker (Drácula) y Edgar Allan Poe (El corazón delator)*, entre otros tantos, desenterraron en sus obras aquellos rincones recónditos de la psique humana; experiencias que la moral tradicional se niega a mirar.

Mientras que las ideologías de la derecha conservadora se fundan y sostienen sobre la defensa de un orden pulcro, la censura del deseo disidente y la represión de lo que bajo sus cánones representan lo anormal, la literatura gótica hace del monstruo un héroe. El vampiro, la bruja, el espectro o el doble melancólico no aparecen en el relato gótico como figuras del mal que deben ser erradicadas para restaurar el estatus quo, sino como encarnaciones del dolor, el aislamiento y la belleza trágica de los marginados.

Disfrutar de esta literatura es, por lo tanto, un acto ético: no se puede abrazar la sombra del marginado en el arte y, al mismo tiempo, defender las estructuras políticas que lo condenan a la oscuridad.

La subversión sobre el dogma y la moral puritana, que busca la subyugación de la sociedad mediante la instrumentalización de la fe, es uno de los pilares fundamentales de la creación gótica, que resignifica lo sagrado y lo profano. La utilización de iconografía religiosa en la subcultura no nace desde la sumisión, sino desde una fascinación estética y existencial que desafía la culpa institucionalizada.

Asimismo, el gótico es, por excelencia, el territorio del deseo transgresor; un espacio donde las fronteras de la sexualidad y género se diluyen bajo la noche, haciendo del homoerotismo un espacio seguro y placentero para las disidencias sexuales e identitarias, arrebatando al conservadurismo el control sobre los cuerpos.

Esta resistencia no solo se lee entre líneas: está esculpida en piedra y suena en los escenarios.

Si expandimos la mirada hacia la arquitectura, las catedrales góticas —con sus colosales columnas y arcos puntiagudos—, si bien nacieron bajo el ala del dogma medieval, su estética monumental es, en el fondo, una construcción que es una oda a la soberbia y el ingenio humano, desafiando la inmensidad divina , donde las gárgolas grotescas custodian lo sagrado. El gótico no ve en el templo un espacio de sumisión, sino un escenario de drama existencial, melancolía y decadencia.

Esta misma reapropiación del espacio se trasladó décadas después a la música. Las bandas fundacionales del goth-rock y el post-punk convirtieron los ritmos tribales, los bajos densos y las atmósferas lúgubres en un refugio sonoro contra la alienación capitalista y conservadora de la época. Figuras como *Siouxie Sioux (Siouxie and the Banshees)* y *Peter Murphy (Bauhaus)*, se subieron a los escenarios con una teatralidad chamánica, mirada desafiante y androginia vampírica y lo convirtieron en trinchera, usando la iconografía sacra de manera irónica, desdibujando las fronteras de género con sus ropas y maquillaje, celebrando la libertad creativa.

"Siouxsie Sioux en Tiffany's (Edimburgo), 1980. Foto de Mantaray100 / Dominio Público".

En definitiva, podemos concluir de manera sólida que el gótico no es un lienzo en blanco que pueda ser rellenado con los discursos de orden y exclusión del tradicionalismo.

Pretender la existencia de un “gótico o alternativo conservador”, no es solo un anacronismo nacido en la inmediatez de las redes sociales; es una contradicción filosófica insostenible. En cada rama cultural en la cual se encuentra presente, el gótico es, ha sido y será, el refugio de la otredad. Un espacio sagrado donde el monstruo, el marginado, lo transgresor y lo proscrito encuentran belleza, dignidad y voz.

Mientras las ideologías de derecha persistan en su afán de uniformar al mundo, vigilar los cuerpos y reprimir a las disidencias, la subcultura se mantendrá firme en las sombras, recordándonos que la oscuridad no es un disfraz, sino un manifiesto de libertad individual absoluta.

Siouxsie and the Banshees, 1981. (De izq. a der: J. McGeoch, Budgie, S. Sioux y S. Severin). Foto promocional de archivo / Uso editorial con fines de crítica literaria.

Texto
Víctor Gatica

Fotografía
Nicol Cotal

Pensamiento sobre instinto: Ensayo sobre la condición humana

A lo largo de la historia, los pensadores han intentado responder qué es lo que distingue al ser humano de las demás especies. Yuval Noah Harari (2014) sostiene que nuestra singularidad no radica en la fuerza ni en la longevidad, sino en la capacidad de adaptación y colaboración. Sin embargo, esa capacidad no es solo práctica: es el arte de “levantar la cabeza y caminar en paz”, incluso cuando el alma está derrumbada. Esto abre la puerta a reflexionar en la tensión existente entre instinto y razón.

El ser humano no se limita a reaccionar a los estímulos del entorno. A diferencia de otras especies, puede interponer un espacio entre el impulso y la acción, en el que se decide si prevalece el deseo o la reflexión. En esa pausa se juega lo esencial de nuestra condición: la posibilidad de elegir entre lo inmediato o lo trascendente. Así, la razón se erige sobre el deseo, la voluntad sobre el impulso, la conciencia sobre la inercia.

Mirar más allá de lo material no significa rechazar lo concreto de la vida, sino integrarlo en un horizonte más amplio, donde las decisiones no estén guiadas solo por la supervivencia o la gratificación instantánea, sino por un propósito ético y vital. En ello radica nuestra verdadera fuerza: en la capacidad de orientarnos hacia la verdad y la comprensión, más allá de lo efímero.

El ser humano, entonces, no es únicamente un ser que sobrevive, sino un ser que busca sentido. Esa búsqueda, que trasciende lo inmediato, es lo que nos hace verdaderamente humanos. Quizás nos ahorraríamos varias penas, angustias, y corazones rotos en la vida si, hiciéramos caso a la voz interna de la razón.

Esta búsqueda de sentido —que trasciende lo efímero— es nuestra paradoja: anhelamos la razón, pero nos enamoramos del caos. Quizás, solo en esa dualidad encontramos lo divino.

Texto
Víctor Gatica

Fotografía
Mauricio Sepúlveda y Nicol Cotal

“No descubrí nada nuevo bajo el sol.
Solo experimenté
lo de otros tantos.”

La inutilidad necesaria de la poesía

¿Te has preguntado alguna vez para qué sirve la poesía? ¿Cuál es su utilidad en el mundo?

Alguna vez, un profesor debe haber respondido en la sala de clases que la utilidad de la poesía consiste en ayudarnos a expresar aquello que nos cuesta decir. Habrá puesto el amor como ejemplo. Y así, tontamente, algunos de quienes disfrutamos engañándonos a nosotros mismos habremos empleado nuestro tiempo en un ejercicio de creatividad, poniendo sobre el papel lo hermosos que se ven los labios de la niña que nos gusta cuando un rayo de sol entra por las mañanas en la sala de clases de una escuela rural olvidada de la mano de Dios. Otros, menos creativos, pero con un gusto exquisito por la rima y el ritmo, habrán garabateado: «Del cielo cayó una rosa y el viento la deshojó, y en cada pétalo decía lo mucho que te quiero yo».

Sé que tempranamente escribí poesía. Probablemente fue lo primero que escribí, sin contar el ejercicio de transcribir palabras infinitas escritas en una pizarra con tiza, para luego copiarlas en el cuaderno. Casi con plena seguridad, sé que mi primer ejercicio de creación estuvo de la mano de la poesía, y también que lo primero expresado allí fue lo enamorado que me sentía a mis nueve o diez años. Con más seguridad aún, sé que la artífice de aquellos versos difícilmente entendió el mensaje; este debió haber quedado oculto entre una pésima ortografía y una letra aún peor. Sin embargo, fui un creador, un creador imperfecto, pero creador al fin y al cabo.

¿Para qué sirvió la poesía entonces en esa infancia? La verdad es que, probablemente, para nada.

Creo que los profesores nos equivocamos cuando intentamos encontrar una justificación para aprenderla. Incluso yo, cuando algún estudiante me preguntaba por qué debíamos aprender poesía, haciendo uso de mi particular forma de hablar sobre las cosas que me apasionan, le he dicho que “a usamos para expresar aquello que parece demasiado importante para decirlo de una manera común”.

He señalado que sirve para nombrar aquello que parece apretarse en el pecho desde adentro y que, de no expresarlo, acaso terminaría por estallar. También he respondido que es una expresión cultural y que es precisamente la cultura lo que nos diferencia del resto de las especies; que la poesía es una muestra de nuestra humanidad.

Hay quienes sostienen que la poesía cambiará el mundo, incluso que es revolucionaria. Ante esas declaraciones no puedo sino considerarlas patrañas panfletarias.

¿Cuál es la utilidad de la poesía entonces? ¿Tiene esta que tener una utilidad?

Byung-Chul Han, en La sociedad del cansancio, argumenta que vivimos en una cultura obsesionada con la pregunta: «¿Para qué sirve esto?». Según él, esta lógica convierte todo en un medio para obtener otra cosa: dinero, eficiencia, producción o éxito. Espero que no, pero más de un lector o lectora habrá sentido culpa alguna vez por pasar demasiado tiempo recostado o por no haber aprovechado el día, como si la única forma legítima de existir fuera bajo la lógica del rendimiento. Esta lógica termina por colonizar incluso nuestro tiempo libre.

Pero te aseguro que hay cosas que valen por sí mismas, sin ningún componente utilitarista. Entre ellas están el arte, la contemplación, el juego y, por supuesto, mi compañera de noches eternas y amaneceres fríos: la poesía.

Preguntarnos por su utilidad ya refleja una mentalidad utilitarista. El valor de la poesía no reside en algo medible, sino en que existe y en que es reflejo de una humanidad más profunda y auténtica.

La poesía existe y ha existido desde que algo pareció tan importante, tan trascendente, que el lenguaje común no bastó para nombrarlo.

Seguramente existe desde que existe la necesidad de acariciar sin las manos, desde que alguien quedó tan perplejo ante la belleza que las palabras cotidianas le resultaron insuficientes. Ese ha sido mi caso durante el último tiempo.

La poesía brota incluso cuando no tienes intención de escribirla. Aparece como una forma de insistencia, como una manera de habitar aquello que no cabe del todo en la explicación racional. No conozco una forma de lenguaje más rebelde en su estructura, en su intención y en su creación que la poesía. Se resiste a ser útil, se resiste a ser domesticada y, aun así, permanece. La poesía existe y quizá siga existiendo mientras exista alguien capaz de maravillarse.

“La poesía no quiere adeptos, quiere amantes"

Federico García Lorca

Texto
Constanza Cifuentes Uribe

Obra
Claude Monet

El impresionismo y el arte de observar

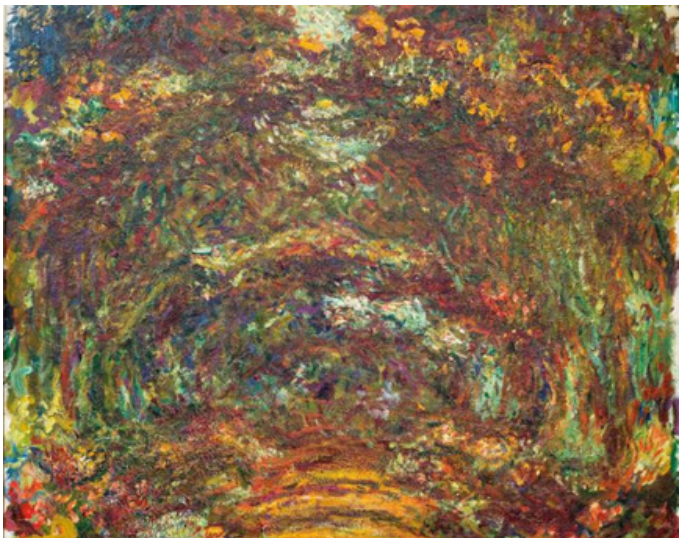
Estoy en la sala de clases con un quinto básico curioso, de esos cursos que cuesta encontrar en un mundo moderno que solo sabe correr. Es 2026 y debemos empezar a ver impresionismo, pero ellos no sabían qué había antes. Por eso partimos haciendo una línea de tiempo dinámica, donde puedan participar e ir viendo imágenes mientras les cuento todo a modo de relato, para mantenerlos atentos.

El 5 de diciembre se conmemora el fallecimiento de Claude Monet, quien dejara un tremendísimo legado en el arte. “Impresión, sol naciente”. Esta obra daría inicio al burlesco nombre que les daría un crítico de arte a los pintores que buscaban retratar la luz del momento: "los impresionistas".

Es precisamente esta pintura la que más atrae a mis estudiantes y la que más se repite en el trabajo del puntillismo (que sería una técnica utilizada posteriormente). Técnica que usé precisamente para que, en vez de correr, se tomen su tiempo. Observen el presente.

Y es que el arte trató sobre retratar como una fotografía, con la mayor fidelidad posible, durante mucho tiempo. Y cuando eso se cortó

"Impresión, sol naciente" (Impression, soleil levant), pintada por el maestro francés Claude Monet en 1872



“El camino de las rosas, Giverny” (también conocida como El camino bajo los enrejados de rosas), pintada por el maestro impresionista francés Claude Monet entre 1920 y 1922

y entró la experimentación, cuando los artistas se empezaron a preguntar si se podía hacer algo más que copiar, se abrió un mundo de posibilidades. Manet, Picasso, Kandinsky, incluso Duchamp.

Con el pasar del tiempo, vamos apreciando y viendo cómo las cosas (en todo sentido) se fueron desarrollando, y teniendo un análisis y una reflexión más amplia sobre ello. Por qué se hacían, el cómo y el cuándo.

Por eso me apasiona enseñar artes, en un mundo donde las artes están relegadas a dibujar sus vacaciones y no cuestionarse ni pensar sobre nada más que cómo me veía el verano pasado. Cada clase de arte es un viaje en el tiempo. En este caso, miran cómo Monet observaba en su tiempo, a pesar de estarse quedando ciego por sus cataratas. Podemos ver lo que él estaba dejando de ver. Ver a través de sus obras lo que estaban dejando de ver sus ojos.

Y esto deja una enseñanza. Nunca dejes de observar, nunca. Tampoco dejes de analizar y reflexionar sobre tu propia realidad, sobre el momento, el presente. Pues el presente es un instante.

NOTAS DESDE LA CAVERNA

Cada entrega reúne un hallazgo: una idea, una imagen o una pregunta rescatada de la oscuridad y ofrecida al lector para su contemplación.

Comentarios precarios sobre el nombramiento de la extrañeza

Natalia Kuhn

A propósito de la imagen de la máscara de cuento-poema Juego Tabú de Alejandra Pizarnik, me instalé en la conjetura de qué es lo que se ve a través de los ojos de un muerto. Dice sobre el niño que secoloca la máscara: “su afán consiste en ver qué se ve a través de ella, como si los ojos ausentes de la máscara fueran de otro mundo”. A partir de esta imagen no pude evitar pensar en la poesía como el acto de ver a través de las cuencas negras de la máscara. La poesía no debería ser solo un flujo de palabras por asociaciones auditivas. Porque la poesía no es solo música. Tampoco es solo ritmo. Es más que todo eso. Es búsqueda mística para descifrar lo innombrable, lo oculto en los resquicios; lo que hay entre medio de la alegría y el miedo. Y esas extrañezas, que son variadas y seguidas como eslabones, se deben identificar y clavetear como polillas en un Insectario. Se deben observar, clasificar. Y luego, a través de la alquimia de palabras, uno puede otorgarles realidad.

Como se trata también de una búsqueda o aventura, creo que los exploradores hacen buena poesía. También los químicos, y especialmente los alquímicos, que persiguen un resultado en el crisol, pero obtienen siempre variantes de lo esperado. En el fondo negro se espera ver, tal como el niño que habita las cuencas negras de la máscara. Hay un esperar obsesivo, una expectativa de que aparezca algo en la negrura. Es por eso que hacen buena poesía los que se exasperan de que el mundo no note la falta alarmante de nombres para las emociones intermedias; como la supuesta nada entre DO y RE. Ahí está la negrura del crisol y de las cuencas. Universos completos desapercibidos.

Volviendo atrás: solo captar palabras sueltas que fluyen, como quien se pone en un río a esperar, es insuficiente. Las palabras

deberían estar al servicio del nombramiento de la extrañeza. Para ello, conviene a vecesponerse la máscara y afirmarla con una mano de muerto, o, como en el libro de Joan Villanueva, a veces conviene calzar la sombra, es decir, habitar lo invisible. Entrar en las cuencas, y quizá no volver.

Ordenar ese flujo: insuficiente. Porque la musicalidad de palabras dispuestas en un orden atañe más al músico que al explorador de los espacios intermedios. Porque no son las palabras lo que hay que atrapar, sino la experiencia total, lejana e inasible. Es un esfuerzo precario. Porque hay poco material en el borde del lenguaje, hay residuos y descartes, como en un basural. En estas condiciones, con un poema podemos confeccionar un intento magro de nteirpretación de lo no dicho.

Luego de captar con materiales reciclados, combinando por ejemplo una lata vacía con un cartón y un envase de pasta dental, recién ahí se puede trabajar en la música y el ritmo. Recién entonces se puede musicalizar y elaborar una experiencia estética. Pero la búsqueda es primero. Sin embargo, a veces el afán de musicalizar y rimar va en desmedro del descubrimiento. Musicalizar es opcional, y nunca primero, siempre segundo. Porque la poesía es odisea secreta, internación, y siempre esta búsqueda es precaria.

Selección Poética Tenebras

En cada número, Revista Tenebras reunirá una selección de poemas de autores contemporáneos y voces emergentes que, desde diversas sensibilidades, mantienen vivo este antiguo arte.

Invitamos a nuestros lectores y lectoras a enviar sus creaciones para futuras ediciones. Los textos serán evaluados por el equipo editorial y una selección podrá ser publicada en próximos números.

Las colaboraciones pueden enviarse a:
contacto@editorialtenebras.cl

VÍCTOR GATICA

Personalidad de gato

Ella tenía personalidad de gato.
Cuando estaba alegre, era indiferente.
Cuando la acariciabas, alzaba su mirada,
altiva, arrogante.

A veces, de la nada,
me dedicaba un susurro,
cual gato vibrando,
con esa paz inquietante.

Cuando estaba triste, se aislaba.
Cuando enfermaba, se escondía,
se protegía.
No quería que la dañaran,
con instinto de supervivencia.

Ella tenía personalidad de gata.

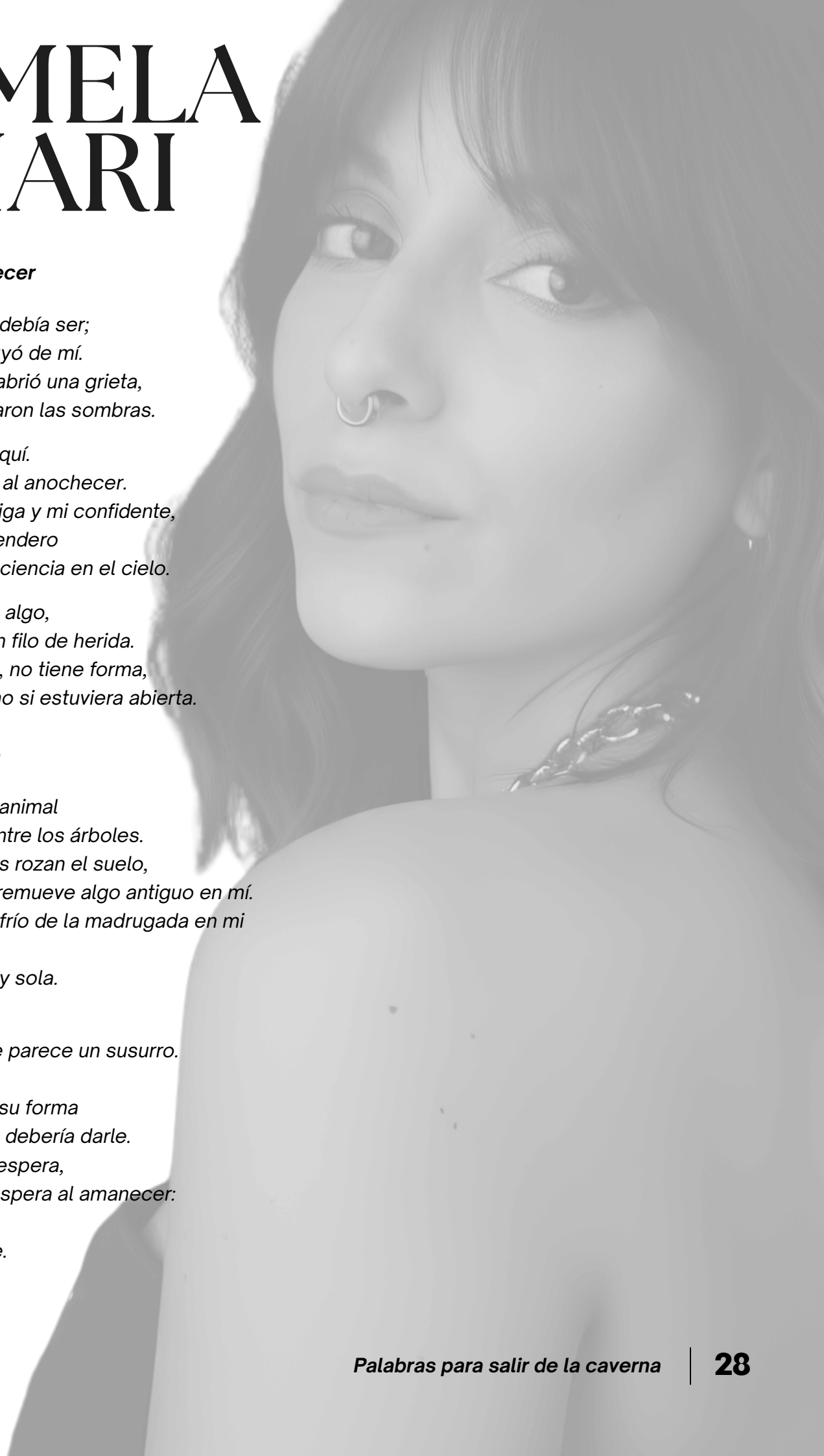
Me amaba a su manera,
con sus tiempos, sus distancias,
exigiendo respeto,
apoderándose de todo,
invasiva, intensa.

Ella tenía personalidad de gato,
y como los gatos, no era eterna.

Partió, partía,
de un hogar a otro,
con pasos ligeros.

Y yo, aquí,
con personalidad humana,
esperando, olvidando,
admirando, escribiendo poesía.
Admirando,
escribiendo poesía.

PAMELA AMARI



Alma del anochecer

Nunca fui lo que debía ser;
la luz siempre huyó de mí.
Hace mucho se abrió una grieta,
y por ella se colaron las sombras.

No pertenezco aquí.
Mi alma se debe al anochecer.
La luna es mi amiga y mi confidente,
me guía por el sendero
que traza con paciencia en el cielo.

Siento la falta de algo,
una ausencia con filo de herida.
No tiene nombre, no tiene forma,
pero sangra como si estuviera abierta.

Animal nocturno

El silencio es un animal
que se desliza entre los árboles.
Sus patas apenas rozan el suelo,
pero cada paso remueve algo antiguo en mí.
Siento el aliento frío de la madrugada en mi nuca
y sé que no estoy sola.

Una hoja cae,
y el sonido breve parece un susurro.
Camino hacia él,
aunque no sepa su forma
ni el nombre que debería darle.
Solo sé que me espera,
como la noche espera al amanecer:
sin prisa,
pero con hambre.

TETÉ LEIVAR

Donde quedan los ecos

Tengo un pasillo en la garganta
Donde hacen eco
Las voces que decían tu nombre.
Se quedan ahí:
Ya no tienen a quien volver.

En el pecho,
Una habitación ardiendo.
Es lo único que sigue vivo.

A veces incomoda:
No reconozco sus espacios,
Olvido sus colores.

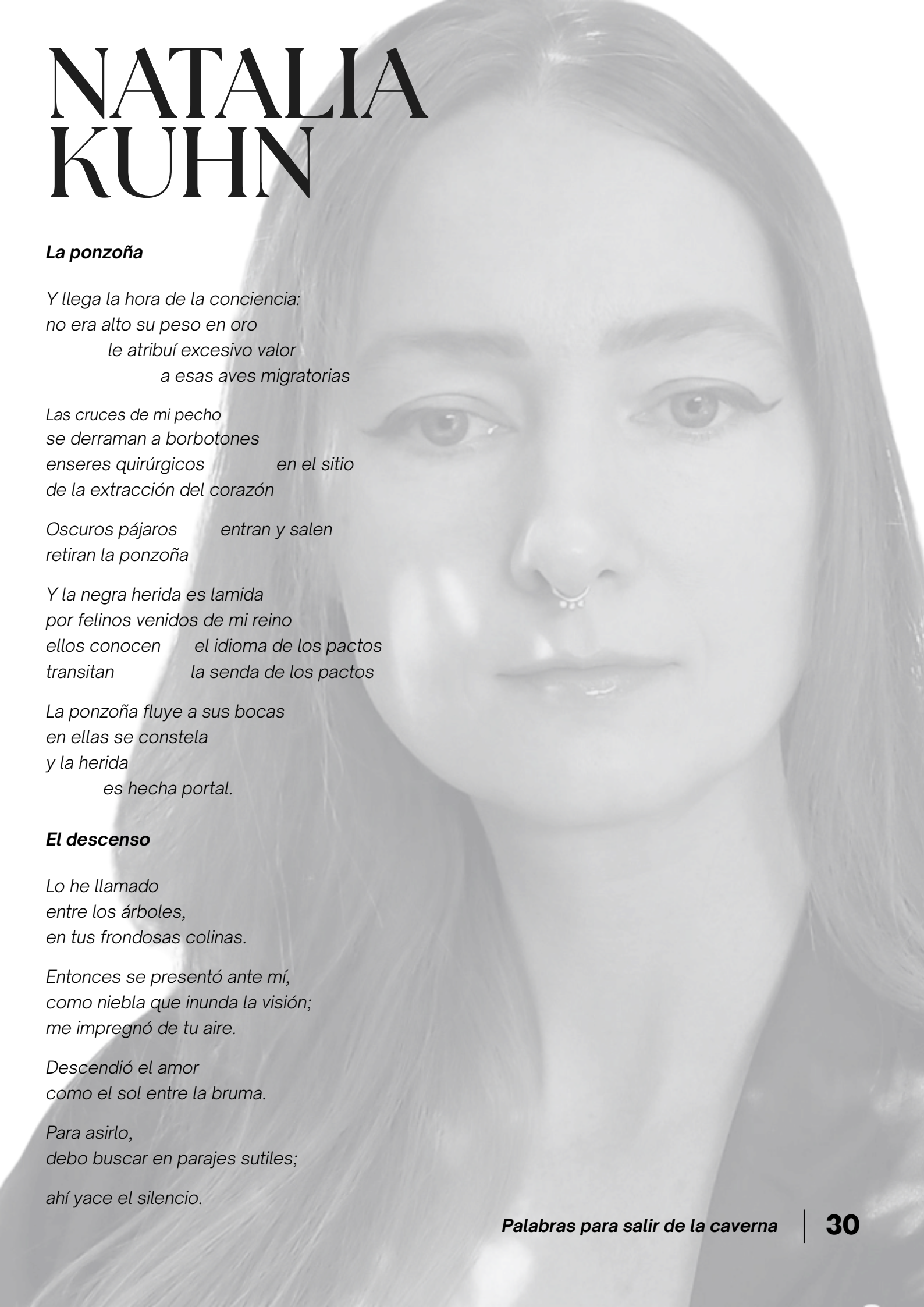
El fuego asfixia.
Lo apago.
Lo enfrió.
Después no soporto el vacío.

Hay días en que la casa respira conmigo.
De vez en cuando,
Por las escaleras
Cae un suspiro.

A veces clásica,
A veces moderna:

Cambia de forma.
No ofrece resistencia.
Está en reforma.
Aún tiene memoria.
Sigo habitando lo que ya no está.

NATALIA KUHN



La ponzoña

Y llega la hora de la conciencia:
no era alto su peso en oro
le atribuí excesivo valor
a esas aves migratorias

Las cruces de mi pecho
se derraman a borbotones
enseres quirúrgicos en el sitio
de la extracción del corazón

Oscuros pájaros entran y salen
retiran la ponzoña

Y la negra herida es lamida
por felinos venidos de mi reino
ellos conocen el idioma de los pactos
transitan la senda de los pactos

La ponzoña fluye a sus bocas
en ellas se constela
y la herida
es hecha portal.

El descenso

Lo he llamado
entre los árboles,
en tus frondosas colinas.

Entonces se presentó ante mí,
como niebla que inunda la visión;
me impregnó de tu aire.

Descendió el amor
como el sol entre la bruma.

Para asirlo,
debo buscar en parajes sutiles;

ahí yace el silencio.

Selección Narrativa Tenebras

Invitamos a nuestros lectores y lectoras a participar enviando sus creaciones narrativas para futuras ediciones. Los textos serán evaluados por el equipo editorial y una selección de ellos podrá ser publicada en números posteriores de la revista.

Los relatos enviados deberán ser originales, con una extensión máxima de seis carillas, escritos en fuente Times New Roman tamaño 12 y con interlineado 1,5.

Las colaboraciones pueden enviarse al correo:

contacto@editorialtenebras.cl

"La novela siempre gana por puntos, mientras que el cuento debe ganar por nocaut"
Julio Cortázar.

El hombre que no sabía morir

Cuando el yugo de las campanas aún se esforzaba por sostener su tintineo y las gallinas corrían desorientadas entre las grietas que el temblor dejó, las aguas del Calle-Calle se retiraron con una serenidad inverosímil, dejando al descubierto anclas corroídas que nadie recordaba haber perdido y centenares de peces que boqueaban sobre el limo oscuro. Los hombres bajaron a mirar, creyendo que el río se había escurrido entre los dedos de la ribera, pero llegó la marea desde el estuario, empujando río arriba con una fuerza obstinada. El agua creció por los embarcaderos, desató amarras, arrancó cercas y empujó galpones. La ciudad aún no se ponía de pie cuando le estaban haciendo una zancadilla de nuevo.

Horas después, la marea cedió y la ciudad quedó cubierta de barro, silencio y tablas astilladas. Fue entonces cuando alguien señaló hacia el cerro. En la rama más alta de un canelo que había resistido orgulloso en la quebrada como un faro que conoce su misión, encontraron una cesta trabada entre las hojas y, dentro de ella, un niño que no tendría más de dos años. Dormía como si la marea lo hubiera mecido y, en su mano, apretaba firme un medallón. Las ovejas regresaron a sus dueños, los gatos abandonaron los entretechos, los botes volvieron al río, pero al niño nadie lo reclamó.

El párroco lo entregó a las hermanas de la parroquia. Celebraron un bautizo y lo llamaron Prudencio del Carmen de la Cruz. Ellas se hicieron cargo del niño hasta que tuvo edad de trabajar, unos ocho años después. El niño se hizo famoso en los alrededores por ser inquieto, servicial y peligrosamente bienintencionado. Las vecinas le encargaban tareas sencillas: barrer un patio, entrar leña antes de la lluvia, recoger huevos del gallinero. Sin embargo, las escobas se astillaban en sus manos, los huevos rodaban bajo sus ojotas y más de una vez el río lo arrastró con furia suficiente para hacerlo desaparecer, devolviéndolo luego a la orilla con apenas un raspón.

Un lunes de lluvia persistente, cuando la neblina bajaba desde los cerros y la cuerda de la campana mayor apareció deshilachada, Prudencio decidió anticiparse al desastre. Subió al campanario sin permiso, convencido de que haciéndole un nudo duraría un par de años más. La escalera húmeda cedió bajo sus pies y, al caer, la cuerda se enroscó en su pierna, lo elevó y lo bajó en un rebote absurdo que desató campanadas fuera de horario.

El pueblo, creyendo que se anunciaba un incendio, corrió por las calles de tierra sin saber hacia dónde ni por qué. Cuando la cuerda terminó por desgarrarse, Prudencio cayó sobre los sacos de harina recién donados al convento y salió cubierto de polvo blanco, más mareado que herido. La hermana Filomena, al verlo erguirse como una aparición, se desmayó, y desde aquel día tanto la campana como la mandíbula de la hermana conservaron una leve torcedura que nadie logró corregir.

Las religiosas concluyeron que su presencia exigía una administración de milagros que la parroquia no estaba en condiciones de sostener. Por eso, lo recomendaron a una familia extranjera recién llegada al puerto fluvial, los Richter, que proyectaban levantar una cervecería junto a la ribera. Prudencio aprendió pronto que en esa casa todo tenía medida. El señor Richter contaba el tiempo para la fermentación de la cebada y los minutos exactos que tardaba en asentarse la la espuma. Su esposa, con su moño siempre

en alto, pesaba la harina y el lúpulo con una precisión heredada más que aprendida, y su hija, Johanna Friederike Richter, medía la tarde en compases, ensayando con el violín una y otra vez hasta quedar conforme con su interpretación.

Prudencio trabajaba desde antes del amanecer y, aunque los accidentes lo seguían como perros rabiosos tras una carreta, nunca lograban morderlo. Un barril rodó colina abajo con él encima y se estrelló contra un tronco mientras él salía despedido hacia un montón de aserrín. Una viga cayó desde lo alto del galpón y se partió en dos al golpear el suelo, dejando intacto el espacio exacto donde él estaba de pie. El horno explotó con fuerza suficiente para botar sillas y quebrar vidrios, y a él apenas le chamuscó la ceja, dejándole ese gesto de sospecha que no volvió a abandonarlo.

Con los años, la cervecería prosperó y el apellido Richter se asentó en la ciudad como uno de los más reconocidos del puerto fluvial. Prudencio acumuló más huellas en su cuerpo de los que podían haber sido accidentes fatales: era su gracia cuando llegaba una visita, mostrarles su hueso mal soldado que crujía al toser, una cicatriz con forma de tenedor y una uña que desde entonces comenzó a crecerle al revés. Johanna fue la única que nunca se burló. Después de cada accidente, llegaba con su botiquín para calmar sus heridas y le tocaba el violín para calmar su alma.

Se casaron un verano lluvioso de 1860, el mismo año en que a Prudencio le cayeron dos rayos. Desde ese día ocurrió algo inexplicable: dentro de la casa no volvió a sucederle nada. No se rompieron platos en sus manos, no se desplomaron vigas sobre su cabeza, no se incendiaron hornos bajo su descuido. Era como si el techo compartido hubiese trazado un límite que la desgracia no podía cruzar, mientras que afuera la muerte insistía con mayor empeño.

Una tarde de invierno, el puente de madera cedió bajo el peso de una carreta y Prudencio cayó al río embravecido. Lo vieron desaparecer entre las aguas del Calle-Calle y algunos comenzaron a buscarlo sin convicción. Horas después, emergió en el Cau Cau, enredado en una malla entre róbalos y pejerreyes; tosiendo, pero vivo.

En otra ocasión, un caballo desbocado lo arrastró por la calle de los abastos y lo estampó contra un muro recién levantado que se vino abajo en una nube de polvo. Cuando la nube se disipó, Prudencio del Carmen estaba sentado sobre los escombros, limpiándose la tierra de la camisa. Cada percance era casi definitivo. Cada vez, el pueblo creyó que ahora sí la muerte había aprendido el camino y cada día regresó a casa al anochecer, donde Johanna lo esperaba con el botiquín en la mano y una lámpara encendida.

Envejecieron así, creyendo que la casa era territorio inviolable. Cuando Johanna Friederike enfermó, el silencio ocupó los rincones que antes llenaba la música. Prudencio dejó de salir más de lo necesario, tratando de cuidarla como ella lo había hecho por él durante tantos años.

La mañana en que ella murió, Valdivia amaneció cubierta de niebla y dicen que el río avanzó hacia atrás por unos minutos, tratando de devolver el tiempo un poco hasta que él la viera aún con vida. Prudencio tomó la mano de su esposa y escondió su medallón en aquellos dedos inmóviles. Esta vez no hubo caída ni agua ni madera que cediera bajo sus pies. La muerte no tuvo que perseguirlo río abajo ni empujarlo desde una altura, le bastó el silencio que dejó el violín.

Dicen que murió allí mismo, sin violencia y sin resistencia, como si el amor fuera el único accidente que no sabía esquivar. Y así, el hombre que no sabía morir aprendió a hacerlo.

Mauricio Sepúlveda Mardones

Viral

Ángela corrió hacia la penumbra y esperó con su respiración agitada a que se quebrara el silencio en las butacas y arribe la ráfaga de aplausos para salir a sonreír con sus gemelas. Veía los rostros diminutos emocionados ovacionando al grupo de pie, misión cumplida.

Mientras caminaba hacia el camerino empezaban a aparecer los dolores del tobillo izquierdo, la cremallera enterrada en la espalda, la gravedad haciendo su trabajo en los muslos y empezó a despojarse de todo, luego de dos horas de función. Despegándose las uñas de los zapatos y los colores Degas del rostro dejó de ser la primera bailarina del ballet Teatro Municipal y volvió a ser esa niña de piel lozana de 18 años recién cumplidos.

No alcanzó a llegar a su silla cuando se desplomó, así como tropezaban las gallinas de su mamá corriendo tras el maíz. Sus compañeras emplumadas la detuvieron antes de azotarse contra el piso de parqué y se recostaron junto a ella, exhaustas por completo.

Llevaban tres semanas ensayando de noche a noche, sabían que, terminando la función serían una pila de flacuchas con heridas de boxeo. Un par se durmió sobre las colchonetas con las pantys puestas y el pelo engomado, otras hablaban en la puerta sintiendo el aroma de las rosas que se acercaban junto a sus madres y novios.

Ángela, alojada en el hueco del camerino, yacía agotada. Mientras recuperaba el aliento y disfrutaba la duración de la euforia eléctrica en su estómago por haber logrado cada

fouetté con precisión, sintió la dicha de nofallarle a su maestra que bastante paciencia había tenido con ella desde un principio y que la miraba de reojo desde el otro lado de la sala.

Era primera vez que la Maestra se desvivía por una alumna, pero lo valía, Angelita era la Billy Elliot de la clase; una delicada garza blanca como ella no debía seguir escondida en ese pueblito y en ese gallinero que tenía por casa; iba a trabajar poniendo precios a los esmaltes de uñas en el chino de la avenida principal por el resto de su vida si no la sacaban de ahí y cuando sus compañeras se enteraron de eso dejaron de burlarse de sus modales primitivos para usar cubiertos y su habitual andar de pato.

Todas recuerdan el día en que la maestra tuvo que terminar la lección en seco para salir a llorar al baño porque la niña ejecutó un Grand Jetté como si Ana Pàvlova hubiera vuelto a nacer y a ninguna le quedó duda que había caído del cielo a elevar la academia en el momento preciso, cuando en la actualidad, las niñas prefieren jugar Roblox, hacer ASMR o aprender manicure antes de elegir el ballet como pasatiempo y las familias elitistas, antiguas socias de la academia no permitían que se postularan chicas "sin apellido conocido". No hasta que Ángela Soto abrió esa puerta que nunca más se cerró; cada vez que su nombre aparecía en la cartelera las entradas se agotaban en horas y la gente esperaba nuevas fechas, nuevas coreografías y vacantes en la academia.

A la salida del teatro, Ángela esperaba a sus compañeras para ir por una cerveza mientras se sacaba las últimas horquillas del pelo y pensaba en que tan cierto era que la primavera en París es hermosa como le dijeron, que de ahí pasarían una temporada en Nueva York y que iba a poder llevar a su mami Carmen con ella y agradecerle en vida haberle regalado ese celular con el que se hizo viral en Tik Tok imitando a una bailarina del Bolshói.

Natalya Mourgues Malmborg

Habitar la sombra

La escritora y poeta Pamela Amari reflexiona sobre la sensibilidad en tiempos de indiferencia, el valor de la oscuridad como espacio de transformación y el arte como una forma de habitar el mundo.

Por: Víctor Gatica, Los Ángeles, invierno 2026
Fotografía: Mayte Quezada

En un mundo donde parece más inteligente anestesiar la sensibilidad, Pamela Amari la entiende como un don. No porque haga la vida más sencilla, sino porque le ha permitido mirar el mundo desde un lugar que otros prefieren evitar. En ese sentido, se define como ***"un alma vieja en un cuerpo joven"*** y reconoce que, desde muy pequeña, ha atravesado constantes muertes y resurrecciones simbólicas que terminaron por formarla como artista.

Para Amari, el arte no es únicamente aquello que escribe. Es una forma de relacionarse con el mundo. Esa sensibilidad no permanece confinada a la poesía, sino que se extiende a su vida cotidiana y a su trabajo como funcionaria en un Hospital, donde procura que la atención a sus pacientes también sea un acto de humanidad. ***"Hoy existe una enorme escasez de sensibilidad"*** afirma, convencida de que sentir profundamente no es una debilidad, sino una manera distinta de comprender a los demás.

Esa forma de entender la vida también atraviesa su primer poemario, El canto de las cenizas. El título reúne dos imágenes que resumen buena parte de su propuesta literaria: las cenizas como símbolo del ave fénix y del renacimiento, y el canto como la voz que permanece incluso después de la caída. La melancolía, explica, suele confundirse con desesperanza, cuando para ella representa precisamente lo contrario: un espacio desde el cual es posible reconstruirse.

"Para mí la oscuridad es un refugio", dice sin titubeos. La afirmación desafía la idea de que toda sombra deba ser combatida. Para Pamela Amari, la oscuridad y la penumbra son espacios donde también es posible encontrar belleza. Más que escapar de ellas, propone aprender a convivir con aquello que la sociedad suele empujarnos a ocultar. ***"Todos los seres humanos somos duales"***, sostiene. Sobre El canto de las cenizas, cree que su obra puede ayudar a los lectores a ***"trabajar y vivir con su propia sombra".***

En esa idea también hay una crítica a una época que parece exigir optimismo permanente. La autora desconfía de los discursos que reducen el bienestar a una obligación y recuerda que intentar ocultar aquello que duele no elimina el dolor. Por el contrario, aceptar la sombra puede convertirse en el primer paso para comprenderla y, finalmente, transformarla.

Al finalizar la conversación, deja un mensaje para quienes sienten la necesidad de crear. Está convencida de que el arte no exige permisos ni certezas, sino el coraje de dar el primer paso. ***"Que no le teman al ridículo, que no le teman al miedo de pensar que no son lo suficientemente buenos"***, aconseja. Después de todo, ninguna obra nace desde la seguridad absoluta. ***"El no siempre lo vas a tener, pero si no te atreves a dar un paso adelante, nunca vas a tener la posibilidad de un sí."***

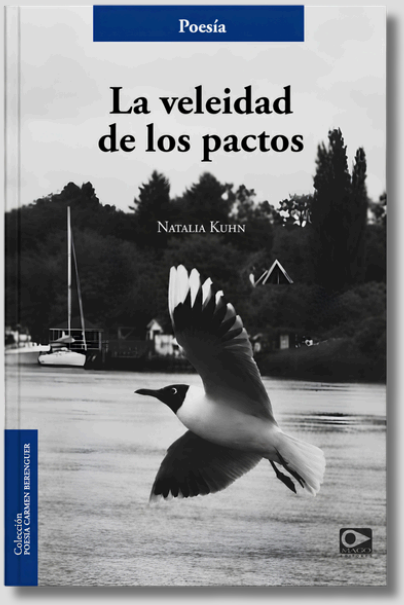
Libros de nuestros autores

EL CANTO DE LAS CENIZAS

Pamela Amari

Una obra de poesía gótica que recorre tres niveles simbólicos donde dialogan la oscuridad, la belleza y la transformación.

@pamela.amariescritora



LA VELEIDAD DE LOS PACTOS

Natalia Kuhn

Un poemario sobre el quiebre de los pactos que juega con los límites del lenguaje. A medida que los vínculos se fracturan, también lo hacen las palabras que intentan sostenerlos.

@nataliakuhnw

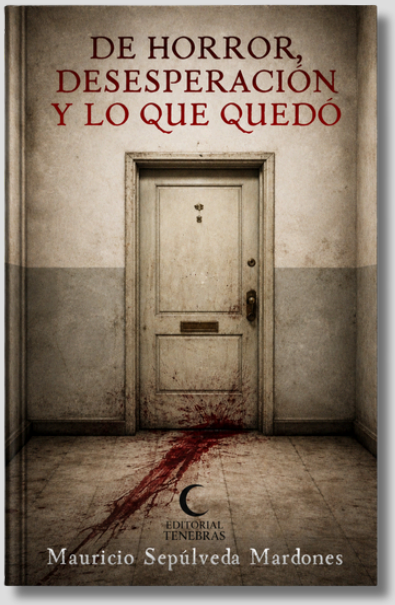
DESPUÉS DE AYELÉN

Víctor Gatica

La segunda etapa de la trilogía poética Ayelén. Un descenso hacia la caverna interior, guiado por símbolos, arquetipos y el tarot.

@victor_1844

Gracias por ser parte de esta aventura

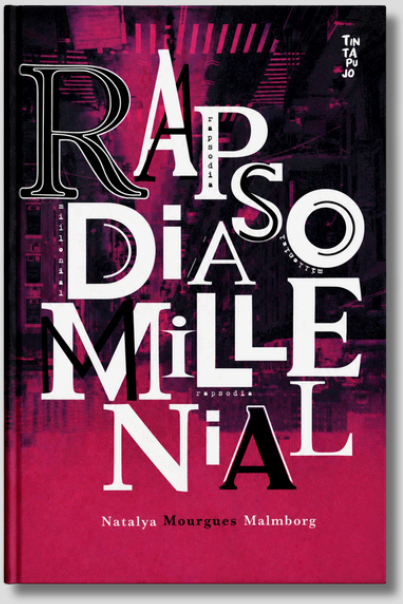


DE HORROR, DESESPERACIÓN Y LO QUE QUEDÓ

Mauricio Sepúlveda

Nueve relatos donde lo cotidiano se transforma en inquietud, angustia y horror. Historias sobre los rincones más oscuros de la experiencia humana.

@m_sepulveda_horror



RAPSODIA MILLENIAL

Natalya Mourgues Malmborg

Un poemario moderno de poesía contemporánea que habla sin ataduras. Sus poemas son ágiles y recurren a los elementos del lenguaje de esta generación para nombrar aquello que, más allá del tiempo, continúa acompañándonos.

@senoraquequito

Las personas tras las imágenes

Angel Fux
(París, 1998)
astrofotógrafa
retrata paisajes
nocturnos de
montaña.

Nicol Cotal
(Los Ángeles,1996)
Trabajadora Social y
fotógrafa
apasionada.

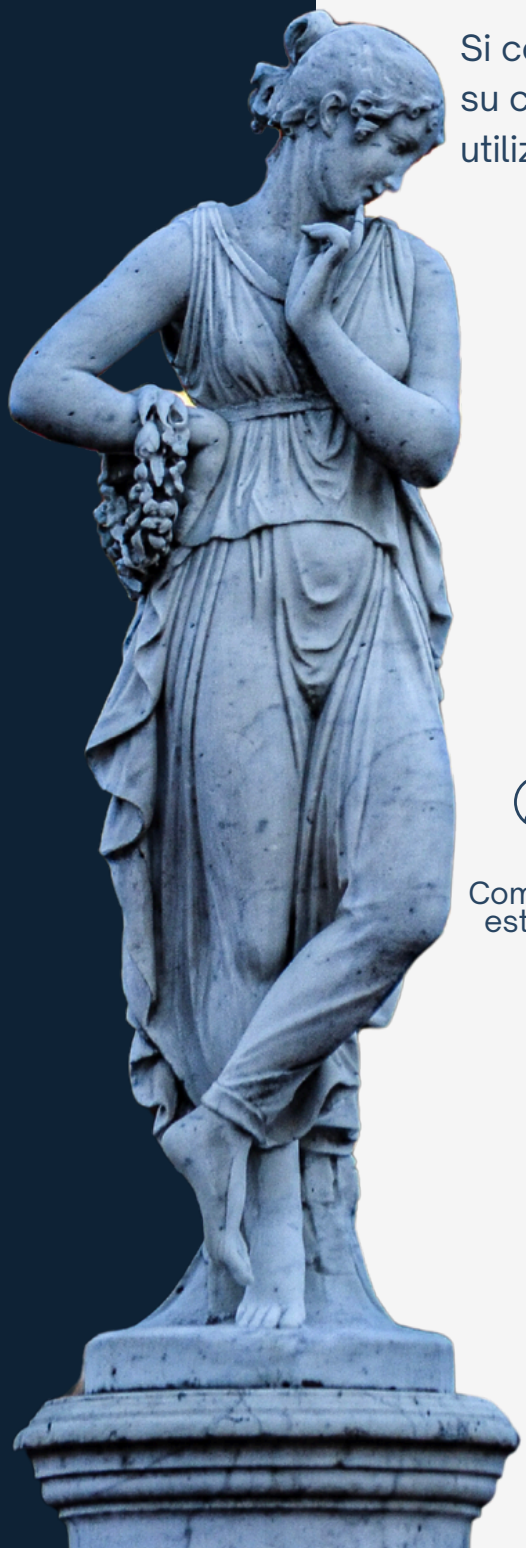
Mauricio Sepúlveda
(Chillán, 1990)
fonoaudiólogo y
escritor chileno.

EDITORIAL TENEBRAS

CÓMO APOYAR NUESTRA REVISTA

Tenebras es una revista digital independiente dedicada a la difusión de la literatura, la fotografía, el ensayo y las artes visuales. Cada volumen es desarrollado de manera gratuita con el propósito de acercar estas obras a nuevos lectores y crear espacios para la creación cultural.

Si consideras valioso este proyecto y deseas contribuir a su continuidad, puedes realizar un aporte voluntario utilizando los siguientes datos bancarios.



EDITORIAL TENEBRAS

Rut:	78284783K
Banco:	Mercado Pago
Tipo de cuenta:	Cuenta Vista
Número de cuenta:	1058205698
Correo:	contacto@editorialtenebras.cl

Otras formas de apoyar

Compartiendo esta revista.

Recomienda nuestro trabajo

Difundiendo a sus autores y artistas.

Participando en futuras convocatorias.

Editorial Tenebras

contacto@editorialtenebras.cl

www.editorialtenebras.cl

Instagram: @editorialtenebras

Tenebras
Hay quienes viven entre sombras.
Otros dedican su vida a comprenderlas.
Esta revista es para ellos.
www.editorialtenebras.cl
@editorialtenebras
Convocatoria abierta – Revista Tenebras | Primavera 2026